



ESCENAS ITALIANAS.

LA TRANSMIGRACION

DE DOS ALMAS.

Los napolitanos y españoles se complacian en mirar á los dos esposos, que sepaseaban por una vereda solitaria sin echar de menos los juegos y danzas de aquella fiesta preparada en su obsequio. Leoncio no veia mas que á su jóven esposa, á aquella que tanto amaba, y cuya posesion habia anhelado con indecible empeño, desde el dia en que dejó de ser para él una tierna hermana, desde el momento en que apareciéndosele con todos los atractivos de muger,

impregnó los bosques y el castillo con el perfume de su gracia virginal, con una atmósfera de amor y de paradiso delecto. Conduciala unas veces de la mano; otras la dejaba andar delante de él, y sus labios temblaban, un fuego devorador subia desde el corazon á su rostro, cada vez que sus ojos contemplaban su delgado y esbelto talle, sus hombros y cuello de estatua griega. Si Stellina permanecia silenciosa algunos minutos, estremeciase el jóven, porque no la creía muger sino una celeste aparicion pronta á evaporarse, ó una divina creacion artistica materializada para hacerle penar entre deseos y esperanzas. Este error nacia del trage con que la desposada se habia adornado para aquella magnífica fiesta de boda, pues por un felicísimo capricho supo combinar en su tocado las dos modas mas seductoras del universo, las de Sevilla y Nápoles: aquella saya blanca con flecos de terciopelo negro, desterrada desde que el mal gusto em-

pezó á introducir entre las mugeres la hipocresía de cubrir sus gracias con sacos, era ciertamente una traduccion fiel de las encantadoras formas que Dios imaginó para la formacion de la primera muger. Las flores del naranjo sembraban sus blancas estrellitas en los blondos rizos de su hermoso cabello, y la desnuda garganta, de una pureza henchida de animacion y de frescura, permitia adicinarse al fogoso Leoncio la inmensa suma de placeres que la naturaleza habia depositado en aquella candorosa virgen. En aquel mismo instante en que podia llamarla suya, cuando al fin podia deleitarse con la repeticion de estas dulcísimas palabras... *Esposamio*... temblaba el afortunado amante y sentíase tan cortada como el dia de su primera declaracion; asustábase el poder que la sociedad acababa de concederle sobre aquella seductora muger, al considerar que una simple seña podia en la espesura del vecino bosque iniciarle en todos los misterios del amor conyugal, se do-

blaban sus rodillas, se comprimía su corazón, y á pesar de su juventud y de su fuerza cedía al peso de la dicha, tan insufrible para él entonces como el del infortunio. Regojábase por lo mismo del respiro que le brindaba aquel interminable día de primavera, ya que su deseo era prepararse por medio de un noviciado de algunas horas á la suavísima revelación de tan grandes secretos, á aquella cita, cuya idea oprimía su garganta como un collar de hierro.

Stellina contemplaba á su esposo con miradas de dulce resignación, pero Leoncio apenas la comprendía; comenzaba á vivir en un mundo nuevo, brotaban de sus ojos lágrimas de placer y de miedo, esbancabanse, quería hablar, y los suspiros abogaban tremeciosas, queridas palabras. Llegaron por fin á la punta de la última roca, sobre la cual había una bellísima de la última roca, sobre la cual había un bellísimo pabellón de descanso, rodeado de columnas, entre una preciosa rotunda circundada de columnas, entre las cuales se entrelazaban ramas de encina, de mirto, de tamarindo y de mil enredaderas; el sitio no dejaba de ser sombrío, porque el bosque inmediato impedía divisar el camino que conduce de Nápoles á Roma, la yerba había crecido espesísima y de color negruzco, y la fuente de mármol de la rotunda despedía gota á gota una agua turbia que hería el recipiente con melancólico sonido. En la sala del pabellón se veían varios frescos lúbricos del famoso *Spagnuolo*.

Una voz musical, suave y tímida resonó en los oídos y en el corazón de Leoncio.

— ¡Ah! Querido mío, volvámonos; no entremos ahí; es el pabellón prohibido...

— Amada Stellina, desde hoy no hay secretos para tí, ven, deseásemos un rato, porque nos hemos alejado mucho del castillo; apenas llegan hasta aquí los alegres epitalamios que cantan nuestros amigos... Han respetado nuestro solitario paseo... ¿Por qué te detienes? Ven, esposa mía, ven... Estamos solos...

Estas últimas palabras cubrieron de mortal palidez el rostro de la joven, y Leoncio las volvió á repetir.

— Sí, déjame abrazarte, alma mía; esta es la primera vez que mis labios tocan los labios de una mujer...

Stellina arrojó un grito horrorizado y corrió á guarecerse detrás de una columna del pabellón; Leoncio fijó sus miradas en la dirección que señalaba el brazo estendido de su esposa, empuñó la espada y dijo con voz de trueno.

— ¿Qué es lo que buscáis en este sitio?

Esta brusca interpelación hablaba con un religioso que desde uno de los arcos de la entrada miraba sin pestañear á los dos esposos.

— Perdonad, hermano mío, respondió al punto: ya iba á retirarme conociendo que era indiscreto en permanecer mas tiempo aquí, cuando esa dama me ha visto. Soy el encargado de la colecta de las limosnas en toda esta campiña, y siempre me detengo aquí para apagar la sed con las gotas de esa fuente; mi convento es la *Anunciada*, cuyo campanario puede divisar desde la punta de la roca. Joven, muy propenso sois á la cólera; Dios os preserve de desgracia el día de vuestra boda.

— Esto es muy singular, repuso Leoncio sonriéndose. ¿Cómo sabéis que me he casado, padre mío, si no sois de este mundo?

— No soy de este mundo evangélicamente hablando, pero pertenezco á la campiña de Nápoles; vuestro matrimonio ha hecho tanto ruido desde el Vesubio hasta la Cartuja, que no es extraño el que yo...

— Bien, añadió Stellina; rogad á Dios y á S. Francisco por nosotros. Leoncio, dá algunos ducados al hermano limosnero.

— ¡Ah señora! la regla me prohíbe recibir toda clase de moneda: mi zurrón está hoy vacío, como veis, pero esperaba llenarlo con las migajas de vuestro festín nupcial, y este deseo me conducía al castillo, pues es imposible que no sea admitido á la mesa del buen rico el pobre lazarino.

— Pues bien, acompañados, dijo Stellina con viveza; ya es tarde y estarán con cuidado en el castillo.

— Mi presencia será tal vez importuna, repuso el fraile bajando los ojos.

— No lo creáis, padre mío; el cielo nos bendecirá.

Salieron los tres del pabellón; Leoncio triste y taciturno, Stellina festiva y risueña, y el religioso

con semblante al parecer tan indiferente á todo, como un estóico, cuyo sistema consiste en su aislamiento.

Era hombre de unos cuarenta años, y su rostro expresaba salud y serenidad; muy difícil hubiera sido encontrar en el mas pequeño pliegue de sus mejillas la menor señal de una pasión; era la beatitud en carne humana. Su voz resonaba dulce y clara como la de una mujer, y el timbre de ella había llamado desde luego la atención de Leoncio y de Stellina, y sobre todo la de esta última, pues en cuanto al primero, mil veces había oído los coros de la capilla Sixtina y estaba en el caso de comprender la naturaleza de aquella voz tan extraña.

En el umbral del pabellón fijó los ojos el fraile en el suelo y cogió un alfiler de oro que se había desprendido de las trenzas de Stellina, y se lo presentó con humildad y cortesanía; la joven esposa no pudo menos que sonrojarse.

Llegaron por fin al castillo al anochecer; el duque Ottayano les había salido al encuentro, y puso en su noticia que *Solator Rosa* acababa de llegar con los retratos de ambos, y que se habían colocado en el gabinete nupcial.

— ¡Ah! Con que voy á poseer el retrato de Stellina! exclamó Leoncio enagenado; voy á verlo sin detenerme. Padre mío, haced compañía á mi esposa.

El fraile hizo al duque una reverencia profunda.

— Nos ha acompañado desde... allá abajo, dijo Stellina; es un religioso de la *Anunciada*.

Ottayano miró de hito en hito al monge, que no levantó los ojos del suelo.

— ¿Qué venis á buscar á este castillo? le preguntó por último: el religioso se contentó con mostrarle el zurrón.

— ¿Sois mudo por ventura, padre mío?

— No, no, gracias á Dios, respondió este con voz baja y con una sonrisa interesante.

— ¿Qué nombre lleváis entre los santos nuestros hermanos?

— Spiridione.

— ¿Y entre los hombres?

— Sabelo el Altísimo.

— ¿Cómo! ¿Ignorais vuestro nombre de pila?

— Lo he olvidado.

El fraile emitía todas sus respuestas á media voz, con mucha modestia, y con los ojos unas veces cerrados y otras fijos en el cielo. Ottayano continuó esta especie de interrogatorio.

— Si no me engaño, hermano mío, me parece haberos visto pasar por estas inmediaciones hará como tres horas; seguiais el sendero que á través de los pinares conduce á *Torre di Greco*.

— Era yo mismo: venia de visitar al ecónomo de la Cartuja de san Martín, y tomé el camino que habeis indicado porque es el mas corto.

— Vuestras facciones no me son desconocidas, padre mío. ¿Habeis frecuentado lo que entre nosotros se llama la alta sociedad?

— No señor.

— ¿Teneis parientes?

— Ni uno solo.

— Es decir que sois...

— Si señor.

— No es un crimen del cual tengais que acusaros.

— Al contrario; es una felicidad, pues me permite entregarme enteramente á Dios.

Ottayano se detuvo como herido de una idea que tal vez le sugería en aquel instante tristísimos recuerdos: dirigía su vista distraída hacia todas partes, y una de sus manos se entretenía en arrancar la seca corteza de un pino.

— Si me lo permitís, señor, dijole Spiridione, iré á reposar mis fatigados miembros en vuestras cabañerizas, porque es ya muy tarde y no entraré en el convento hasta mañana. En cuanto á mi zurrón, confío que la caridad de vuestros criados...

— Sí, sí, respondió el duque siempre preocupado con alguna melancólico pensamiento; les daré orden para que lo llenen de limosnas... Pero ¿cómo es que pasáis las noches ausente del convento?

— Tengo la autorización necesaria de mis superiores, y cuando me corresponde la colecta, no vuelvo á él en muchos días, y sobre todo durante la primavera.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

El viernes se ha repartido el segundo número del *Laberinto*. Contiene la biografía de Espronceda con retrato: el segundo y último artículo del comentario del Quijote por Clemencin, escrito por el señor Hartzembusch: el *Martes*, segundo artículo de una semana en Madrid, por el señor Flores, con cinco grabados en madera. Influencia de la divina comedia en la literatura española, segundo artículo, del señor Cueto, con una lámina que representa una fantasía del Dante. Capítulo 3.º de la novela titulada: *Cain y Abel*, escrita por el señor Gil (don Isidoro) con cuatro grabados. Artículo de modas con figurín de señora y caballero. *Reseña histórica de la imprenta*, por el señor Moya, con tres grabados. *Revista de la quincena*, por el señor Gil (don Enrique.) Sonetos; por el señor Flores. *Relacion del atentado de la noche del 6 de noviembre* con dos láminas, representando un momento en que los hombres apostados junto á Portaceli le hicieron fuego al general Narvaez, y otra que representa la berlina tal como quedó despues del suceso. *Boletín bibliográfico y continuacion del Robinson Crusoe* con dos grabados. Esta novela se publica en el último medio pliego y se ha dado otra forma á su impresion para que una vez concluida pueda encuadrarse en tamaño mas proporcionado: se les repartirá á los suscritores, ya numerosos, del *Laberinto* el primer medio pliego de dicha novela en la misma forma en que ha de publicarse todo lo que de ella resta.

La redaccion del *Laberinto* no perdonará medio alguno á fin de conseguir que su periódico sea digno de figurar entre los primeros que de esta clase se publica en Europa. Para hacer mas interesante esta *Revista literaria*, en todos sus números se insertará la narracion de los sucesos de mas bulto que entre nosotros ocurran, y aun hará mención de los que ocurran en el extranjero cuando sean muy notables, ilustrando con láminas y viñetas el asunto sobre que versen. El *Laberinto*, en fin, será limitado en sus promesas, contentándose con ser lo mas prodigo que le sea posible en corresponder á la benevolencia con que han sido acogidos del público los trabajos de cuentas le confeccionan literaria, artistica y tipográficamente.

Para solemnizar la mayoría de la reina celebrar el liceo una funcion, en que tomarán parte todas las secciones.

TEATROS.

Cruz.

A las siete de la noche; á beneficio de don Vicente Calañazor se pondrá en escena la comedia nueva original, en verso y en tres actos, titulada: HONRA Y PROVECHO. Seguirá baile nacional; y para dar fin á la funcion EL MARIDO SOLTERO, comedia en un acto.

Nota. Los billetes de hoy dirán sábado.

Príncipe.

A las siete de la noche: EL CAMPANERO DE SAN PABLO, drama en cuatro actos, precedido de un prólogo. Terminará con baile nacional.

Circo.

A las siete y media de la noche, GISELA O LA WILIS, gran baile en dos actos.

Tres Musas.

Se está ensayando para poner en escena á la mayor brevedad la acreditada comedia en dos actos, titulada: LA MUGER DE UN ARTISTA; á la que seguirá la acreditada pieza en un acto, conocida por *La Molinera*.

IMPRESA DE BOIX.